

JORDI SIERRA I FABRA

La Bella y la Bestia

Francesc Rovira



CUENTOS TRADICIONALES PARA EL SIGLO XXI



La Bella y la Bestia

edebé

© Jordi Sierra i Fabra, del texto, 2012
© Francesc Rovira, de las ilustraciones, 2012

© Ed. Cast.: Grupo EDEBÉ, 2012
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de la colección: Reina Duarte
Diseño gráfico: Joaquín Monclús

Primera edición, octubre 2012

ISBN 978-84-683-0605-6
Depósito Legal: B. 22130-2012
Impreso en España
Printed in Spain
EGS – Rosario, 2 – Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

La Bella y la Bestia

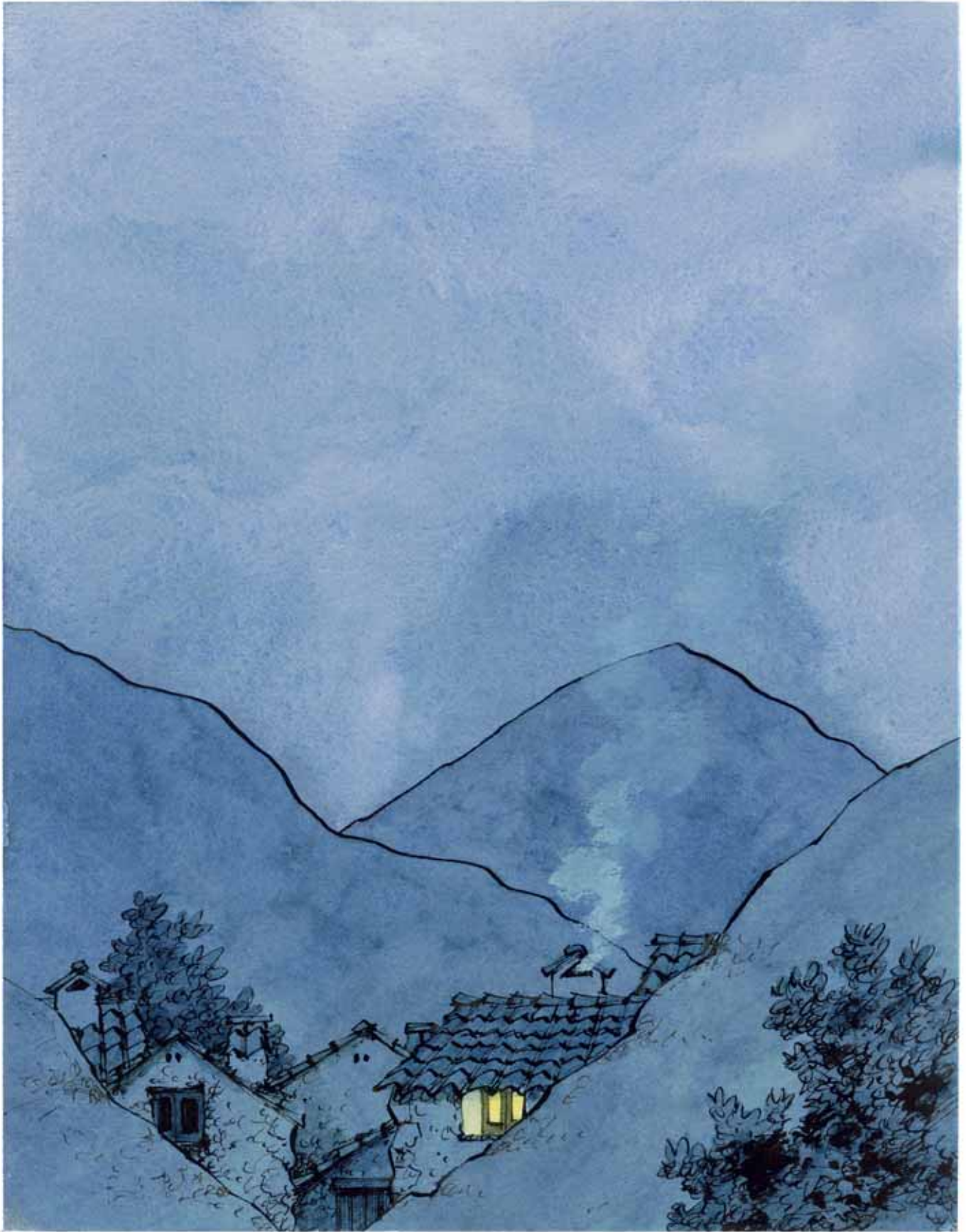
Jordi Sierra i Fabra

Bestia

con ilustraciones de Francesc Rovira



edebé



Nadie recordaba cuándo había empezado la guerra. Y de la misma forma, nadie sabía cuándo había terminado. Porque hacía mucho que no se producían combates, ni se veían soldados, ni se escuchaban disparos.

Los habitantes del valle vivían de nuevo en paz.

Uno de ellos era Pascual, un humilde leñador que tenía una hija llamada Bella, nombre que sin duda hacía honor a su exquisita hermosura. La muchacha poseía una larga melena de color azabache, unos profundos ojos grises, unos labios preciosos y, por encima de todo, un espíritu en armonía con la vida, con la naturaleza, y una ternura con la que siempre dispensaba su voz y su sonrisa a cuantos la conocían.

En el pueblo, todos la adoraban.

Aunque los que la pretendían tropezasen siempre con su indiferencia.

—El amor llega cuando llega —solía decir.

Un día Pascual llevó una carreta con su mejor leña a un pueblo vecino, distante media jornada del suyo. Saliendo al amanecer, podía estar de vuelta al anochecer. Se despidió de su hija, azuzó al viejo percherón que tiraba de la carga y emprendió el camino.

Todo fue de maravilla. Hizo la





entrega, recibió el correspondiente pago y regresó a la hora prevista.

Para su desgracia, unas negras nubes de tormenta se cernieron sobre su cabeza y, al poco, estalló un infierno en el cielo. Rayos, truenos, lluvia...

—So, Rufino, so —trataba de calmar Pascual al caballo sin éxito.

Un rayo tremendo cayó entonces sobre la tierra. Pareció como si el mundo entero temblase con él. Partió un grueso árbol en dos y la parte más frondosa cayó sobre la senda. Para Rufino fue demasiado, y más cuando una viva llamarada vibró ante sus ojos. Desbocado, incapaz de obedecer las órdenes de su amo, comenzó a galopar más rápido de lo que jamás lo hubiese hecho, internándose por el bosque. A duras penas Pascual consiguió sujetarse a su cuello para no salir despedido.

Mucho rato después, ya sin lluvia, Rufino se dejó caer al suelo, exhausto.

Fue en el instante de despuntar otro rayo cuando vio Pascual una construcción en la lejanía recortándose contra una loma.

Una construcción muy extraña.

Caminó hasta ella batido por el viento. Rufino relinchó sin energía incapaz de seguirle. Al llegar a sus inmediaciones, Pascual vio que se trataba de un viejo puesto militar. Tenía un muro, alambradas,

